

Laura Roldán  
**El árbol de sal**

*Ilustrado por Esteban Alfaro*



Cuenta la leyenda que cuando Cotaá, el Dios del pueblo mocoví, creó el mundo, quiso regalarles a los hombres una planta que les sirviera de alimento.

Miró y observó bien la tierra y, después de mucho pensar, creó el *iobec mapic* o árbol de sal, una especie de helecho gigante que parece una palmera. Lo esparció por las tierras donde vivían los mocovíes, y así se aseguró de que no les faltara alimento.

Neepec, el diablo, como siempre, estaba espiando a ver qué hacía Cotaá. Cuando vio el hermoso regalo que les había hecho a los hombres, sintió mucha envidia. Entonces, se propuso destruir la planta para que no tuvieran con qué alimentarse.

Pensó y pensó hasta que se le ocurrió una maldad, se elevó por los aires y fue volando hasta unas inmensas salinas. Allí llenó un cántaro enorme con agua salada para arrojarlo sobre las matas, y así quemarlas con el salitre.

Cotaá, que conocía muy bien las maldades de Neepec, descubrió el plan y lo esperó escondido entre las plantas. Cuando lo vio volcar el agua sobre la selva, acarició la tierra, hundió en ella sus dedos suavemente y entonces las raíces absorbieron el agua. La sal se mezcló con la savia y las hojas tomaron su sabor. Las plantas no se murieron.

Los mocovíes estaban preocupados porque pensaban que habían perdido su alimento. Pero Cotaá les mostró que la planta todavía era útil. Como la savia ahora tenía gusto a sal, podían condimentar las carnes de los animales salvajes que cazaran y las demás comidas.

Y dicen que Neepec se fue por ahí a pensar otra maldad para vengarse.